

TOPOGRAFIEN DES KÜNFTIGEN TOPOGRAFÍAS DE LO VENIDERO



(c) Sandra Feferbaum

Ronda Animal / Tierpatrouille, María Negroni
Das Ende der Lechigkeiten (Nettigkeiten) / El fin de las delicias
(amabilidades), Ulrike Draesner

Buenos Aires, octubre de 2019



Ronda Animal

De María Negroni

La respuesta es no. No se puede. No se debe. No es posible. No me comprometa. No. Esa única partícula, tajante, domina la mañana. De un lado a otro, he intentado en vano mostrarle a Ulrike Draesner los bordes de la ciudad, eso que suele excluirse de los circuitos turísticos: el puerto nuevo de Buenos Aires con su antiquísima y fascista Compañía Ítalo-Argentina de Electricidad, la miseria floreciente de la villa 31, las ruinas de la ex Ciudad Deportiva de la Boca, las cabezas decapitadas del Monumento a España en la Costanera Sur, el astillero seco próximo a la Boca, el antiguo Lazareto de la ciudad.

¿Por qué elijo estos sitios?

¿Tienen algo que ver con la visión de una ciudad futura? ¿Con las topografías de lo venidero?

La respuesta es no.

Por suerte, Ulrike sonrío. Se detiene a fotografiar los árboles, los barcos que no irán a ningún lado, las florcitas amarillas que rodean la fuente de Aguas Danzantes y el basural de la Ciudad Utópica de la Boca. Ayer le robaron en un taxi. Se asoma a la baranda de la Costanera Sur y pregunta: ¿Por qué no recogen la basura aquí? ¿No pagan impuestos para eso?

La respuesta es: No sabe, no contesta.

Después, entre las dos, intentamos comparar nuestras ciudades. Ulrike habla de los desafíos de Berlín, de cómo hacer para que siga siendo una urbe sustentable, dinámica, tolerante, abierta a la inmigración y respetuosa de sus ciudadanos. Habla también de los peligros de esa nueva vieja derecha que quiere volver, en Alemania y en Europa, sin haberse ido nunca del todo.

Yo hablo poco. Por mi cabeza pasan imágenes de imágenes. La Berlín que conocí antes de la caída del muro y la Berlín posterior, irreconocible casi, agresivamente gentrificada, sometida a cirugías costosísimas. Ya casi no quedan rastros de las diferencias que era posible observar a ambos lados del Muro. El gris homogéneo de los edificios comunistas se ha desvanecido por completo. Ahora, también de ese lado, hay barrios cool, llenos de

negocios vintage y supermercados bio, jubilados que pasean a sus perros en carritos, islas de museos reciclados y parques y bicicletas, entre tiendas de lujo y teatros y concesionarios de autos de alta gama que bordean la Unter den Linden como si quisieran que el dorado bulevar vuelva a ser lo que fue alguna vez para la imaginación del mundo y sobre todo, de los jóvenes del mundo.

He visto, con mis propios ojos, cambios igualmente drásticos en otra ciudad, la misma que precediera a Berlín como centro de efervescencia y novedad artística.

Cuando llegué a vivir a Nueva York a mediados de los 80, todavía eran visibles los grandes baldíos que filmaba Jim Jarmusch, los descampados donde anidaban lo abyecto, la droga y los *homeless*, las puertas y ventanas tapiadas en calles enteras, las bolsas negras de residuos atiborrando las veredas, los graffitis en los subtes, los abismos de todo tipo disputándose las esquinas.

Esta ciudad, escribí por entonces a un amigo, es un acto de fe. Si pudieras verla, si pudieras no asustarte por las noches, aprenderías de un golpe la hermosura, el vuelo esplendoroso del horror. Todo es aquí locura y claridad, arte floreciendo en lo adverso, privilegio para díscolos y raros.

Después vi cómo Giuliani la blanqueaba. Literalmente la esterilizaba, traía de regreso a la ciudad a las familias decentes (es decir, ricas) que habían optado por refugiarse en los suburbios con sus cuatro niños, sus cuatro perros y sus cuatro autos, mientras los grandes capitales con sus multimillonarios negocios inmobiliarios empujaban lejos a los "indeseados", a fuerza de desalojos y encarecimientos súbitos de zonas enteras, dejando a la ciudad hecha un inmenso y pasteurizado shopping mall.

¿No podría ocurrir algo así en Berlín? ¿Hasta qué punto es posible hacer coincidir los espacios, por definición indisciplinados, de la creación literaria o artística con un mercado que impone en forma despiadada sus reglas de juego, que elige a discreción sus *celebrities* y sus temas, transformando, incluso, los reclamos más justos en agendas políticamente correctas, en modas lucrativas, en versiones lavadas para el consumo?
¿Y Buenos Aires?

Buenos Aires, escribí en un poema titulado "accidentien":

Buenos Aires no es
la ciudad de los amantes

al viajar
las flechas se distraen
el otoño
llega a un lugar equivocado
o no llega

los barcos
como pequeños cortejos
entre palabra y palabra
se beben el viento el odio
la triste rosa sexual

es difícil alcanzar
el enigma que se es

naturalmente
la confusión de estar en un cuerpo
nunca emigra

a lo sumo
Buenos Aires muere
como una ciudad inclinada

tienen miedo los barcos
a no poder salir
a no querer salir
de la jaula obscena del lenguaje

en realidad
nada ha empezado todavía
nada podría empezar
cuando buscamos lo absoluto

y no encontramos sino flechas
distráidas

es así
no tan breve la cárcel
no tan breve el cadáver
de la rosa sexual

para salir hay que entrar
no por la izquierda
sino por la izquierda

los barcos mienten cuando escriben
mienten cuando no escriben
las decisiones toman un cariz
un poco
trágico

oh Sócrates
haz música

un motín
en el hogar del miedo
no resuelve el enigma
del miedo del hogar

a lo sumo
como esas flechas que llegan
y nunca han existido

las palabras
mueren como deben

luz encerrada afuera
ciudad que no he de escribir

Tierpatrouille

Von María Negroni

Übersetzung: Christiane Quandt

Die Antwort ist nein. Es geht nicht. Es ist nicht erlaubt. Es ist nicht möglich. Drängen Sie mich nicht. Nein. Diese eine Partikel dominiert kategorisch den Vormittag. Von einem Ende zum anderen habe ich vergeblich versucht, Ulrike Draesner die Ränder der Stadt zu zeigen, das, was bei den Rundfahrten außen vor bleibt: den neuen Hafen von Buenos Aires mit seinem uralten, faschistischen italo-argentinischen Elektrizitätswerk, das blühende Elend der Villa 31, die Ruinen der ehemaligen Sportstadt von La Boca, das Denkmal zu Ehren Spaniens mit seinen enthaupteten Statuen an der Costanera Sur, die stillgelegte Werft in der Nähe von La Boca, das ehemalige Lazarett der Stadt.

Warum wähle ich diese Orte?

Haben sie etwas mit der Vision einer zukünftigen Stadt zu tun? Mit den Topografien des Künftigen?

Die Antwort ist nein.

Ulrike lächelt. Sie hält inne, um die Bäume zu fotografieren, die Schiffe, die nirgendwo mehr hinfahren, die gelben Blumen rund um den Springbrunnen Aguas Danzantes und die Mülldeponie der Ciudad Utópica de La Boca. Gestern wurde sie im Taxi bestohlen. Sie tritt an das Geländer der Costanera Sur und fragt: Warum wird der Müll hier nicht abgeholt? Werden dafür keine Steuern gezahlt?

Die Antwort ist: Keine Ahnung. Keine Aussage.

Danach versuchen wir, unsere Städte zu vergleichen. Ulrike spricht von den Herausforderungen Berlins, von der Frage, wie die Stadt nachhaltig, dynamisch, tolerant, offen für Zuwanderung und respektvoll ihren Bewohnern gegenüber bleiben kann. Sie spricht auch von den Gefahren der neuen alten Rechten, die zurückkehren möchte, in Deutschland und in Europa, ohne je wirklich ganz fort gewesen zu sein.

Ich sage wenig. Bilder über Bilder schwirren in meinem Kopf. Das Berlin, das ich vor Mauerfall kennengelernt habe und das spätere Berlin, fast nicht wiederzuerkennen, gewaltsam gentrifiziert, Opfer superteurer chirurgischer Eingriffe. Es gibt fast keine Spuren

der Unterschiede mehr, die beide Seiten der Mauer voneinander trennten. Sogar das Einheitsgrau der Plattenbauten ist völlig verschwunden. Jetzt gibt es auch auf dieser Seite coole Viertel voller Vintage-Läden und Biosupermärkte, Rentner, die ihre Hunde in Hunde-Kinderwägen spazieren fahren, Inseln aus recycelten Museen und Parks und Fahrräder, zwischen Luxusgeschäften und Theatern und hochpreisigen Autohäusern, die den Boulevard Unter den Linden säumen, als wollten sie, dass die goldene Prachtstraße wieder das werde, was sie einst in der Vorstellung der Welt und vor allem der Jugend der Welt war.

Mit eigenen Augen habe ich genauso drastische Veränderungen in einer anderen Stadt gesehen, in der Stadt, die vor Berlin das Zentrum einer brodelnden, jungen Kunstszene war.

Als ich dort Mitte der 1980er Jahre lebte, waren die großen Brachen, die Jim Jarmusch filmisch festgehalten hat, noch zu sehen. Freiflächen, wo der Fixer und Obdachlose vorherrschten, das Harlem ganzer Straßenzüge voll zur Straße hin verrammerter Fenster und Türen, die schwarzen Müllsäcke mitten auf den Bürgersteigen, Graffitis in den U-Bahnschächten, mit allem möglichen Abgründigen, das sich um Straßenecken stritt. Diese Stadt, schrieb ich damals an einen Freund, ist eine Glaubensfrage. Könntest du sie erleben, ohne abends Angst zu haben, würdest du auf einen Schlag das Wunderbare hier begreifen, den prächtigen Flug des Entsetzens. Alles hier ist Wahnsinn und Klarheit, Kunst, die im widrigsten Klima blüht, ein Privileg für Widerspenstige und schräge Vögel.

Dann erlebte ich, wie Giuliani die Stadt aufräumte. Er sterilisierte sie buchstäblich, gab sie den anständigen (also reichen) Familien zurück, die sich zuvor mit ihren vier Kindern und vier Autos in die Vororte geflüchtet hatten, während die großen Kapitalisten mit ihren millionenschweren Immobilienunternehmen die „Unerwünschten“ durch Räumung und Mietenexplosion aus ganzen Vierteln nach weit weg verdrängten und die Stadt zu einer riesigen pasteurisierten Shopping-Mall machten.

Könnte in Berlin nicht auch so etwas passieren? Bis wohin ist es möglich, die definitionsgemäß interdisziplinären literarischen oder künstlerischen Schaffensräume sich mit einem Markt überschneiden zu lassen, der erbarmungslos seine Spielregeln durchsetzt, der nach Ermessen seine *Celebrities* und seine Themen wählt und dabei sogar die

gerechtfertigsten Forderungen in weichgespülte, politisch korrekte Agenden verwandelt, in für diejenigen lukrative Moden, die am Geschäft teilhaben?

Und Buenos Aires?

Buenos Aires habe ich in einem Gedicht geschrieben mit dem Titel „accidentien“ (Unfallina):

Buenos Aires ist nicht
die Stadt der Liebenden

die Pfeile
verirren unterwegs

der Herbst
kommt am falschen Ort oder
gar nicht an

Schiffe trinken
wie Paarungstänzchen
zwischen Worten
den Wind den Hass
die traurige Rose Sex

es ist hier schwierig
das Rätsel zu begreifen, das man ist

natürlich wandert
die Verwirrung in einem Körper zu sein
niemals aus

allerhöchstens
stirbt Buenos Aires
als geneigte Stadt

die Schiffe haben Angst
nicht hinaus zu können
nicht hinaus zu wollen

aus dem obszönen Käfig sprache

tatsächlich

hat noch nichts begonnen

kann nichts beginnen

wenn wir das absolute suchen

und nichts als Pfeile finden

verirrte Pfeile

so ist es

um hinaus zu kommen muss man eintreten

nicht von links

sondern von links

die Schiffe lügen, wenn sie schreiben

lügen, wenn sie nicht schreiben

Entscheidungen nehmen einen etwas

tragischen Aus-

druck an

allerhöchstens

wie diese ankommenden Pfeile

und haben nie existiert

die Worte

sterben, wie es sich gehört

eingeschlossenes Licht draußen

Stadt, die ich nicht schreiben soll

Das Ende der Lechigkeiten (Nettigkeiten)

Von Ulrike Draesner

An den Hängen öffnen und schließen sich geologische Formationen, sogenannte Schlupfrisse, aus denen von tief unten warme Luft heraufströmt, so dass die Hänge an kalten Tagen zu atmen scheinen – als wäre das Land lebendig.

Robert MacFarlane, *Im Unterland*

Du musst einfach rühren!

Nun komm schon, nimm einen Eimer, eine Kanne, füll sie mit Milch. Zwischen die Kanne und den Eimer stopf Eis. Und rühren!

Der Atmer atmet gegen eine Fläche. Er weiß nicht, wo er ist. Die Fläche ist weiß, die Glasscheibe eines Schiffes, das über Silber fährt, das nicht silbern ist. Der Atmer sieht Segel, sieht Angeln, sieht eine Weite, die einem Meer gleicht. Fall nicht in den Fluss. Hier stirbst du von Dreck. Iss keinen Fisch. Die Stadt hat zu viel Licht. Er weiß nicht, ob er ist / wo was ist / was er ist. Die Bäume haben die Erdunterseite. Sie haben keine Blätter. Jeden Morgen ist es kalt, die elektrischen Lichter scheinen. Sie sind überall.

Vier Stunden rühren, nun komm schon.

Milch. Dulce con leche.

Leche con dulce.

Nun hab dich nicht so!

Die Stadt ist voller Stein. Alles ist Fassade: Stein. Wie hab ich mich denn?

Rühren, hörst du es nicht: rühren.

Lichter überall, Umwelt nirgendwo. Umwelt ist gewürgt. Flutlicht, Stein. Die Stadt ist Stein. Die Stadt ist sauber gekehrt. Der Atmer weiß, dass er nur Oberflächen sieht. Er ist eine sie, ein es. Weiße Fläche, die dreht. Eine Scheibe? Es bleibt ein krudes, der Stadt zögernd entgegengehaltenes Bild. Was sich darin zeigt, ist nicht die Stadt, es ist ihre Verzerrung. Der Niederschlag einer Atemwolke, der sich von seinen Rändern her auflöst in dem Versuch, redlich zu sein.

Nun hab dich nicht so. Redlich sein.

Eine Frau stellt sich hinter eine Statue, die den Ast eines Ombú hält.

Redlich sein.

Das Kind, dulce de leche, sagt: Das habe ich mir schöner vorgestellt.

Das Kind hat einen Zeitschaden. Es spürt ihn noch. Wir tun, als wäre das Jetzt normal. Andere fahren nur mehr mit dem Schiff über das Meer.

Der Schwarm Fliegen vor der Tür schwärmt.

Vier Stunden rühren

Nun hab dich nicht so

Wie hab ich mich denn?

Wir sind von einer Stadt in eine andere gefallen. Wir durften aussteigen. Andere wurden aus Flugzeugen geworfen. Das kann man nicht vergessen, wenn man hier einfliegt. Das kann man nicht sehen, und nicht vergessen.

Die Erde hängt. Der Ombú schiebt sein Gift, das wie eine Wurzel aussieht, weiter die Stadt hinauf. Der Atmer holt Luft und Luft. Gute Luft, dulce de leche.

Dulce de Leche ist braun. Die Rinder stehen wie Kommas in der Pampa. Sie sind schwarz. Milch, mit Zucker, ist weiß. Die Dornen des Baumes, der trunkener Stock heißt, stechen. Die Samen werfen die weichste Wolle aus, die einer sich denken kann. Das Kind sagt, das habe ich mir nicht so vorgestellt: Dass man nicht sieht, wie etwas zusammenhängt. Dass man das eine nicht aus dem andere ableiten kann: causalidad o casualidad. Die eine Sprache, spanisch, denkt über eine Verbindung nach, wo die andere, Deutsch, nur Gar-Nichts-bemerkt.

Dass das eine das Gegenteil des anderen will? Dass die Menschen hier dastehen, und sich den Mund auseinanderreißen auf einer Seite ins Lachen, auf der andere ins Weinen oder Schreien?

Dass die Stadt dies hat: das Drama, die Schaukel, das ständige Zeigen. Rühr dich, komm: zerreiß dir das Maul, das Gesicht, das Herz – während die Sonne im Norden steht und der Himmel kopfüber hängt, mit den Bäumen, die vergessen werden jeden Tag.

Das Kind hängt kopfüber den Bäumen hinterher und sucht einen Schlaf, in dem niemand fällt, niemand auf einen Fluss aufschlägt, niemand durch bloße Berührung mit dem Wasser stirbt. Was ist Stein auf Stein auf Stein und warum?

Ein Friedhof. Er bildet eine Stadt in der Stadt. High Heels klacken auf Kopf-Stein-Pflaster, Asphalt. Die Tangotänzerin hat einen Hängebusen, der den Nabel nicht erreicht, weil er so klein ist. Das Kind schaut weg. Eines der Grabmale heißt Geld. Der

Friedhof hat einen Baum und 500 plus x Steinhäuser. Tür an Tür. Flutlicht nachts. Der Atmer atmet unter einer Decke. Streunende Hunde kacken Sein.

Die Stadt steht auf Rhodochrosit, gekräuselt wie das Wasser, das einst durch ihn rann, wie Blume, wie das erfundene, analysierte, herbeigewanderte Ich. Der Hund versucht, eine Rolltreppe zu benutzen. Rosafarbene Zunge, rosafarbener, nach Rosen duftender Stein. Rhodochrosit: rosenfarbene Haut.

Siehst du, was du rührst?

Picknick im Parque de la Memoria. Der Sonnenstuhl wird aufgeschlagen, der Bikini gezeigt. Gut eingeeölt die Haut. Vor der langen Mauer mit den Namen. Es ist, als pilgerten deutsche Familien Sonntags ins Holocaust-Mahnmal am Brandenburger Tor und packten Bier und Würstchen aus.

Das Kind sagt: „Wo ist das Schöne hier, das habe ich mir vorgestellt.“

„Bitte“, sage ich, „lang den Hund nicht an.“

Zwölf Stunden rühren, 14 Stunden rühren, 24 Stunden kühlen, das beste Eis. Das Eis von Morgen, sagt der italoargentinische Meister der Milch, wird immer das Eis von gestern sein. Es ist weiß.

Man ist *nett* hier zueinander, *beso besito*, das hängt einmal aufrecht, und dann wieder andersherum. Man ist *tten* hier zueinander, man hat die Inflation, man hat das Vorausschlauein, man covert die Preise des kommenden März in den Preisen jetzt. Die Policia sagt, geht hier nicht lang, hier ist *tten*. Heller Nachmittag, Straße im Licht, 205 Leute trommeln synchron. Die Policia sagt, geh dort, wo alle sind. Das Licht schlägt zwischen den Steinen um, da ist es hell, dort die Schlucht, da ist es hell, dort ebenfalls, aber dort geht dank *tten* keiner entlang. Der Ombú ist ein lieblicher Baum, süßer Schatten genannt, blöd nur der giftige Saft. Passanten sitzen auf seinem Grau, das Wurzeln gleicht. Sie sehen wie Statuen aus.

Zerreiß dir nicht den Mund, zerreiß dir nicht das Gesicht. „Das Eis der Zukunft wird das Eis der Vergangenheit sein.“

Die Fotografin und ich haben das Militär gesehen. Das Militär hat ein Schiff auf Sand gesetzt. Es wird gestrichen. Wir sehen ein U-Boot. Es ist bereits grau. Die Stämme der Bäume in Reih und Glied werden gekalkt. Stacheldraht. Die Utopie am Mund, La boca, ist geschlossen. Müll. Eine Wache wedelt uns fort. Der Atmer lernt das traurige Wort

Riachuelo. 63 Kilometer Abwasser, Färbereien, der Flussboden, gesättigt von Schwermetallen, nimmt nichts mehr auf. Gehört zu den Top Ten! Am Ufer steppt der Touristentangobär. Top Ten der stärkst verseuchten Gebiete der Erde. Kling klang dong. Was ich nicht sehen will, seh ich nicht.

Acht Stunden gerührt.

Fettige Milch. Geschlagene Milch. Dulce de Leche.

Wie rührt man ein Ich? Wie rührt man es an, dass es sich – wieder – bewegt?

Das Café ist rosa, das Eis ist rosa, ein großer Sack Würfeleis wird hereingetragen. Im Fluss steht ein Mann, der nicht mehr laufen kann, er ist aus einem Flugzeug gefallen, er wird eine Statue sein. Die Stadt selbst steht auf rosa Stein. Gespannt wie eine Haut. In den Augen der Passanten spaziert die Müdigkeit herum. Ich wollte sagen: Mündigkeit, Entschuldigung. Wer weiß was, wer lässt die Katze in den Sack, wer brockt dir was ein, was du dann glaubst, was Wahrheit, Wahr-nicht, War-Nicht heißt, einen anderen Namen führt? Sie stehen still. Sie gehen langsam. Etwas scheint verloren zu gehen. Casualidad oder Causalidad? Alles hier will Flügel haben. Wo will es hin? Wohin fort, und warum?

Weil man hier nicht nicht hergekommen sein kann?

Weil man selbst, gebogen wie die Wurzeln des Ombú, Wurzeln und keine Wurzel hat?

Supermarkt, Samstag Mittag, die Einkaufswägen gigantisch, klein und alt die Menschen, die an ihnen kleben. Unten das Getrocknete, es ist verpackt, die Verpackung ist noch einmal verpackt, die verpackte Verpackung in eine Verpackung gesteckt, oben das Gefrorene, keine Scheiben, kein Schutz, Strom kommt aus der Steckdose, macht nichts, Wasser kommt aus dem Hahn, macht nichts, der Atmer fährt Rolltreppe, das Eis der Zukunft wird das Eis der Vergangenheit sein, die Alten haben ihre Wägen ineinanderverkeilt, sie blicken sich an.

Der Schwarm Fliegen vor der Tür, dichter Tag um Tag.

Der Fluss braun.

Überall möchte man Silber sehen.

Statt auf dem Schiff über den Fluss gesetzt zu sein, schaue ich das Schiff von außen an.

Nun hab dich nicht so

Wie hab ich mich denn?

Menschen hinter riesigen Wägen bilden krumme Reihen, gebogene Wurzeln. Sie haben vergessen, wie gehen geht, sie haben vergessen, wie bewegen geht, sie sprechen mit mir, das ist nett, nicht *tten*, es ist sinnlos.

Sonntag Morgen, Avenida de los Inmigrantes. Hier liegt, mitten in der Straße, ein kleines Flugzeug. Stadt voller Skulpturen. Immer wieder will etwas in die Luft, fällt herab. Die Bäume stinken nach Pisse. Avenida de los Inmigrantes. Ich finde das Meer nicht. Wo ist der Fluss? Die Maschinen rauschen, Ventilatoren hängen wie Bienenkörbe an den Fassaden. Nichts dreht sich, alles ist still. Die Sonne scheint, die Blätter sind grün. Die Bäume haben Licht, die Bäume haben Fotosynthese, die Bäume wollen Zucker. Policia de la Ciudad, ich gehe bei Rot über die Ampel, niemand ist hier, die Bäume hängen wie Waben über der Erde, sie machen Sonne, sie machen Licht, die Maschinen rauschen, Avenida de los Inmigrantes. Avenida de las Inmigrantes, die Bäume stinken nach Pisse, hier wird gegangen, hier wird geblieben, hier wird angekommen, hier hängen die Kräne ins Meer und suchen ein Silber, das als Fluss an ihnen vorbeifließend niemals wirklich war, hier hängen die Wünsche in der Luft und bilden einen Kran, hier drehen die Ventilatoren die Namen der Frauen durch die Luft, die die Straße hinabgingen und keinen Baum fanden und keinen Ort, hier sind die Wurzeln der Bäume krumm, als wären sie mehr als ein Weg, hier wühlen die Wurzeln der Bäume Steine auf, Avenida de los Inmigrantes, ihr Ende ein dichtes schwarzes Plastiknetz mit gelbem Warnstreifen, das fängt alles auf, ihr Ende eine schwarze Wand, Avenida de los Inmigrantes, die Frauen, die keinen Ort fanden, wirbeln als Bäume durch die Luft, ihre Wünsche hängen als Kräne ins Meer, das ein Fluss ist, dessen Silber immer eine Vorstellung war, wo bist du und hast eine Idee, wo bist du und bekommst einen Riss, der dir erlaubt, dich zu bewegen, so dass eine neue Wirklichkeit entsteht.

Und wann? Bei 31?

Entsteht bei 31 ein Gesicht?

Süße leckende Gier. Eine Visasche? Oder was ist das Ding, das man Vischas nennt und schreibt wie ein Haus?

Das da, du da, zählt nichts.

Eis wird zu jeder Tages- und Nachtzeit verkauft. Das Eis der Zukunft wird immer das Eis der Vergangenheit sein.

Sonne im Parque de la Memoria. Jeder Baum wurde importiert. Die Bäume hängen kopfüber, das Meer zieht sich zurück. Was wurde nicht alles eingeschleppt, verloren, halbgefangen, überkreuzt, vermischt, umerfunden, rückerstunken, angesehen, herbeigeblickt, unzuendegetanzt, herunterrattengeleint, herüberinfiziert, kolonialisiert und überkolonialisiert. Der Atmer erreicht den Fluss nicht, er läuft, er wird *gettennt*, die Wurzeln des Ombú, Wurzeln wie Stein, Statue an Statue. Was er sieht, kann er nur durch Glas berühren, der Fluss ist nicht berührbar ohne aus Glas zu sein, ein nach unten hängender Mund, ein sich zwischen Lachen und Weinen zerreißender Mund, die gewürgte Welt. Die Policia sagt *tten*, Sie haben *Tten* erlebt, hane Sie sich nicht so, das erlebt hier jeder, die einen zäunen sich ein, die nächsten bestellen den Sicherheitsdienst, der Sicherheitsdienst bestellt eine Regel, die Stadt bekommt einen neuen Zaun, ein neues U-Boot, ein neues Flugzeug – warum will nur alles Flügel haben weil man nicht nicht hergekommen sein kann? – die Stadt erhält einen neuen weißen Flecken, genannt Lücke, die Stadt gehört den Zäunen, dem Nein, der Segregation, den No-Gos in hellem Sonnenlicht.

Der Hund zu meinen Füßen atmet, ich berühre ihn: 1 zuckender Herzschlag, 1 stray dog.

El fin de las delicias (amabilidades)

De Ulrike Draesner

Traducción: Micaela van Muylem

En las laderas se abren y cierran formaciones geológicas, denominadas fallas de corrimiento; de las profundidades emerge aire caliente y en los días de frío las montañas parecen respirar, como si la tierra estuviera viva.

Robert MacFarlane, *Underland*

¡Vos remové nomás!

Vamos, agarrás un balde, una jarra, la llenás de leche. Entre la jarra y el balde metés el hielo. ¡Y a remover!

El respirador respira contra una superficie. No sabe dónde está. La superficie es blanca, la ventana de un barco navegando sobre una plata que no es plateada. El respirador ve veleros, cañas, ve una extensión que se asemeja al mar. No te caigas al río, acá te morís de mugre. No comas pescado. La ciudad tiene demasiada luz. Él no sabe si es / dónde está / ni qué es. Los árboles tienen la cara inferior de la tierra. No tienen hojas. Por las mañanas hace frío, las luces eléctricas brillan. Están por todas partes.

Remover cuatro horas, dale.

Leche. Dulce con leche.

Leche con dulce.

¡Y no te pongas así!

La ciudad está llena de piedras. Todo pura fachada, piedra. ¿Me pongo cómo?

Remové, no escuchaste: remové.

Por todas partes: luces; la naturaleza, en ninguna. Naturaleza estrangulada. Luz de proyectores, piedra. La ciudad es piedra. La ciudad está limpia. El respirador sabe que sólo ve superficie. El respirador es femenina, es neutro. Una superficie blanca que gira. ¿una ventana? Sigue siendo una imagen cruda ofrecida, vacilando, a la ciudad. Lo que se ve en ella no es la ciudad, es su distorsión. El sedimento son bocanadas de vapor que se disuelven desde los contornos, en su intento por ser recto.

No te pongas así. Ser certera((honrado/sincero)).

Una mujer se para detrás de una estatua que sostiene la rama de un ombú.

Ser sinceras/honradas.

La niña, dulce de leche, dice: me lo imaginaba más lindo.

La niña tiene una lesión del tiempo. Aún la percibe. Actuamos como si el ahora fuera normal. Otros hacen un recorrido más largo por el mar, en barco.

Una nube de moscas revolotea delante de la puerta.

Remové durante cuatro horas.

Y no te pongas así.

¿Me pongo cómo?

Caímos de una ciudad a otra. A nosotros nos permitieron descender. A otros los tiraron desde los aviones. Es imposible olvidarlo cuando aterrizás acá. No se puede ver, y es imposible posible olvidar.

La Tierra está suspendida. El ombú sigue hundiendo en la ciudad su veneno parecido a raíces. El respirador toma aire, más aire. Buen aire, dulce de leche.

El dulce de leche es color marrón. Las vacas son como signos de puntuación en la pampa. Son negras. La leche con azúcar es blanca. Pinchan las espinas de ese árbol que se llama palo borracho. De sus semillas sale la lana más suave que te puedas imaginar. La niña dice: no me lo imaginaba así, que no se pudiera ver la relación entre las cosas. Que no se pudiera deducir lo uno de lo otro: causalidad o casualidad. Una lengua, el español, reflexiona sobre una conexión en la que la otra, el alemán, no percibe Nada-de:Nada.

¿Que lo uno quiera lo contrario de lo otro? ¿Que la gente esté acá, desgarrándose la boca, por un lado hacia la risa, por el otro hacia el llanto, o el grito?

Que la ciudad soporta lo siguiente: el drama, la hamaca, el eterno señalar. Movete, vamos: desgarrate el pico, la cara, el corazón, mientras el sol siga en el norte y el cielo cuelgue boca abajo con los árboles, esos que día tras día se olvidan.

La niña boca abajo, como los árboles, busca un sueño en el que nadie se hunde, nadie se estrella contra el río, nadie muere por el mero contacto con el agua. ¿Qué es piedra sobre piedra sobre piedra, y por qué?

Un cementerio. Una ciudad dentro de la ciudad. Tacos altos repicando sobre adoquines, asfalto, piedra. A la bailarina de tango le cuelgan los pechos, no le llegan al ombligo porque son muy pequeños. La niña aparta la mirada. Una de las tumbas se llama Moneda. El cementerio tiene un árbol y 500 másx casas de piedra. Puerta contra puerta.

Luces de los reflectores, por la noche. El respirador respira bajo una misma colcha. Los perros callejeros cagan piedras.

La ciudad se erige sobre rodocrosita, crespas como el agua que antaño la recorría, cual flor, como el yo inventado, analizado, inmigrante. El perro intenta subirse a la escalera mecánica. Lengua rosada, piedra rosada con aroma a rosas. Rodocrosita: piel color de rosa.

¿Viste lo que removés?

Un picnic en el Parque de la Memoria. Arma la reposera, luce el biquini, la piel bien untada con bronceador. Delante del paredón largo con los nombres. Es como si las familias alemanas se fueran a pasar el domingo al Monumento del Holocausto en la Puerta de Brandeburgo, y se llevarán la cerveza, las salchichas y todo.

La niña dice:

–Dónde está lo lindo acá?, eso me imaginé.

–Por favor –le pido–, no toques el perro.

Remover doce horas, remover 14 horas, refrigerar 24 horas, el mejor helado. El helado de mañana, nos dice el maestro lechero ítalo-argentino, siempre será el helado de ayer. Es blanco.

Acá todo el mundo es amable, beso besito, a veces al derecho, a veces se dan vuelta. Gentil. Acá todo el mundo es *elbama*, tenés la inflación, tenés la avivada previsoras, los precios del marzo que viene que ya se incluyen en los de ahora. La policía te dice: no vayas por acá, es *elbama*. Tarde luminosa, calle iluminada, 205 personas con tambores al compás. La policía te dice: andá por ahí, por donde van todos. La luz vira entre las piedras, ahí hay claridad, allá abismo, ahí hay luz, allá también, pero allá, por lo *elbama*, no va nadie. El ombú es un árbol encantador, le dicen dulce sombra, lo único malo es esa savia tóxica. Los caminantes se sientan en un gris que parece raíces. Parecen estatuas.

No te desgarras la boca, no te desgarras el rostro. “El helado del futuro será el helado del pasado”.

La fotografía y yo vimos los militares. Los militares depositaron un barco en la arena. Lo están pintando. Vemos un submarino. Ya está gris. A los troncos de los árboles, que están formando fila, los pintan con cal. Alambre de púas. La utopía en la boca, en La Boca, está cerrada. Desechos. Un guardia nos ahuyenta. El respirador aprende la triste palabra

Riachuelo. 63 kilómetros de desagües, tintorerías; el lecho del río tan saturado de metales pesados ya no absorbe nada. ¡Integra el top ten! En la orilla, un turista ensaya torpe unos pasos de tango. El top ten de los territorios más contaminados del mundo. Din, don, dan. Si no lo quiero ver, no lo veo.

Removimos ocho horas.

Leche con grasa. Leche batida. Dulce de leche.

¿Cómo se remueve un yo? ¿Cómo hacer para que pueda re-mover-se (de nuevo)?

El bar es rosa, el helado es rosa, entran una bolsa enorme de cubitos de hielo. En el río hay un hombre parado que ya no puede caminar, se cayó de un avión, será una estatua. La ciudad misma está parada sobre piedra rosa. Tensa como una piel. En los ojos de los caminantes se pasea el cansancio, desapareció la infancia, la in-fancia, la tutela. ¿Quién sabe algo? ¿Quién deja el gato encerrado? ¿Quién te juega una mala pasada? Y lo que creés, entonces, ¿qué tiene de cierto, sincero, sin-cero, sin-nada, sin nombre? Se detienen. Andan lento. Algo parece perderse. ¿Casualidad o causalidad? Acá todo quiere alas. ¿A dónde quiere ir? ¿A dónde quiere huir, y por qué?

¿Será porque no es posible no haber no venido?

¿Será porque uno mismo, torcido como las raíces del ombú, tiene raíces y no las tiene?

En el supermercado, sábado al mediodía, enormes carros de compras, diminutas y ancianas las personas sujetadas a ellos. Abajo la mercadería seca, envasada, el envase está embalado, y el envase embalado a su vez envuelto; arriba, los productos congelados, no hay vidrio, no hay protección, la corriente sale del enchufe, no importa; el agua sale de la canilla, no importa, el respirador va por la escalera mecánica, el helado del futuro será el helado del pasado, trabaron entre sí los carros los ancianos, que se miran.

Cada día más densa la nube de moscas en la puerta.

El río, marrón.

Querrías ver plata en todas partes.

En lugar de atravesar el río en barco, miro el barco por fuera.

No te pongas así.

¿Me pongo cómo?

Gente empujando carros inmensos forman filas torcidas, raíces sinuosas. Se olvidaron de cómo andar, se olvidaron de cómo es moverse, me hablan, son amables, no *elbamas*, no tiene sentido.

Domingo por la mañana, Avenida de los Inmigrantes. Acá, en el medio de la calle, un pequeño avión. Ciudad llena de estatuas. Todo el tiempo algo quiere alzarse por los aires, se cae. Los árboles apestan a pis. Avenida de los Inmigrantes. No encuentro el mar. ¿Dónde está el río? Las máquinas zumban, los ventiladores están suspendidos de las fachadas como colmenas. Nada gira, todo está quieto. El sol brilla, las hojas son verdes. Los árboles tienen luz, los árboles tienen fotosíntesis, los árboles quieren azúcar. Policía de la ciudad, cruzo el semáforo en rojo, aquí no hay nadie, los árboles están suspendidos encima de la Tierra como panales, hacen sol, hacen luz, las máquinas zumban, Avenida de los Inmigrantes. Avenida de las Inmigrantes, los árboles apestan a pis, acá caminan, acá se quedan, acá llegan, acá las grúas suspendidas sobre el mar buscan la plata que pasa en forma de río, que nunca fue verdadera. Acá los deseos suspendidos en el aire, forman una grúa, acá los ventiladores revolotean por los aires los nombres de las mujeres que bajaron por la calle sin encontrar árbol ni lugar, acá las raíces de los árboles son torcidas, como si fueran más que un camino, acá las raíces remueven piedras, la Avenida de los Inmigrantes termina en una red de plástico negra y densa con bandas de seguridad amarillas, una red que lo recoge todo. Termina en una pared negra, Avenida de los Inmigrantes, las mujeres que no encontraron un lugar, revolotean como árboles por los aires, sus deseos flotan como grúas sobre el mar que es un río, cuya plata fue siempre un imaginario, dónde estás, y tenés una idea, dónde estás y te agrietás, para moverte, para que emerja una nueva realidad.

¿Y para cuándo? ¿En la 31?

¿Aparecerá en la 31 emergerá un rostro?

Dulce codicia que se relame. Enmascara una *visage* que nadie quiere ver ¿O qué es eso que acá se pronuncia visha y allá se lee como casa?

Eso ahí, vos ahí, no cuenta.

El helado se vende a toda hora, de día y de noche. El helado del futuro será el helado del pasado.

Sol en el Parque de la Memoria. Cada árbol es importado. Los árboles suspendidos cabeza abajo, el mar retrocede. Cuántas cosas se importaron, perdieron, cuasiatraparon, se cruzaron, mezclaron, reinventaron, se desmintieron, anhelaron, avistaron, milonguetearon, llovidosobremojaron, transinfectaron, colonizaron y recolonizaron. El respirador no llega al río, camina, es *elbamado*, las raíces del ombú, raíces como piedras, estatua contra estatua. Lo que ve sólo lo puede tocar a través del vidrio, no puede tocar ni remover el río sin ser de cristal, una boca caída, una boca que se desgarras entre la risa y el llanto, el mundo estrangulado. La policía dice *elbama*, a usted le pasó lo *elbama*, no se ponga así, acá le pasa a cualquiera, algunos se encierran tras cercos, otros contratan seguridad, la seguridad contrata reglas, la ciudad tiene nuevos cercos, un nuevo submarino, un nuevo avión –¿Por qué será que acá todo quiere alas?, ¿por la imposibilidad de no haber venido? – La ciudad tiene una nueva mancha blanca, se llama falta, la ciudad le pertenece a los cercos, al no, a la segregación, a los territorios prohibidos a plena luz del día.

El perro a mis pies respira, lo toco: el 1 latido convulsivo, 1 perro de la calle.